

UNA INCIERTA NUEVA REALIDAD

Me fascina viajar y conocer mundo y si son viajes largos, todavía me gustan más. Hacía dos años que por circunstancias varias no había podido marcarme una de esas escapadas con mis dos amigas incondicionales, pero este año tocaba. Uno de los destinos que propusimos en un principio fue Myanmar, pero como el coronavirus empezaba a expandirse por Asia, decidimos cambiar de idea e irnos a Colombia. Emprendíamos la aventura el 29 de febrero, cuando en España apenas se habían notificado un millar de casos y una treintena de muertes por esta pandemia.

Aterrizamos en Bogotá con toda la ilusión del mundo por descubrir un país del que nos habían contado cosas fascinantes. Fueron pasando los días, disfrutábamos cada rincón de un lugar tan interesante como espectacular, pero las noticias que llegaban desde España eran cada vez peores, la situación se complicaba según pasaban los días y los contagios por coronavirus se multiplicaban por momentos en nuestro país. Así que después de darle muchas vueltas y de que la agencia de viajes en la que compré los billetes se desentendiera por completo del problema, decidí adelantar el regreso a casa por miedo al

inminente cierre de fronteras y la posibilidad de que volver se pudiera complicar seriamente.

Tres días antes de lo previsto, compré un nuevo billete y emprendí el viaje a España haciendo escala en Barcelona, para evitar así tener que pasar por Madrid que ya se había convertido en el hervidero de esta maldita pandemia. Aterricé en la Ciudad Condal el sábado 14 de marzo, el mismo día en que Pedro Sánchez decretaba el estado de alarma y el presidente de la Generalitat quería cerrar de forma inminente todas las fronteras en Cataluña. Las cuatro horas de espera que tuve en el aeropuerto hasta poder coger el avión a Ibiza se me hicieron eternas, pero finalmente se alargaron y fueron seis, hasta que cancelaron el vuelo. Después de mucho suplicarles al personal de tierra, la única explicación que se dignaron a darnos fue que había varios controladores aéreos de baja por culpa del coronavirus y por eso estaban cancelando muchos trayectos. En ese momento se me vino el mundo encima. Con mi mascarilla y mis guantes puestos desde que salí de Cartagena de Indias, rompí a llorar de impotencia. No había más conexiones a Ibiza hasta el lunes, y en ningún caso me podían

confirmar que esos vuelos fueran a salir. Tampoco había barcos. Se me pasaron mil cosas por la cabeza y me llegué a imaginar sola en Barcelona indefinidamente, con las fronteras cerradas, sin tener a donde ir, con la maleta llena de ropa de verano, sin conocer a nadie, con un futuro inmediato repleto de incógnitas e incertezas y con una situación que aquel día ni se me hubiera pasado por la cabeza cuánto iba a empeorar. Finalmente, esa misma noche volé a Palma de Mallorca, al menos ya estaba en Baleares y desde allí pensé que siempre sería más fácil volver a Ibiza. Así fue, al día siguiente pude llegar a la isla. Primer día en casa de un largo confinamiento que aún sigue y un final de viaje que jamás hubiera imaginado que me tocaría vivir. Aunque ahora, viendo este periplo como algo más lejano, me considero afortunada. Porque a día de hoy, aún son muchos los españoles que el anuncio del estado de alarma les sorprendió a miles de kilómetros de casa y todavía no han podido regresar.

Me han hecho falta muchos días para acatar la realidad en la que estamos inmersos y aún no puedo asegurar que sea plenamente consciente. Millones de personas confinadas en sus hogares, combatiendo el virus con la humilde arma del encierro, la única que tenemos para restar oportunidades a este devastador

microorganismo, llevando a límites extremos la paciencia y reinventando la convivencia a marchas forzadas. No poder tocarnos nos ha servido para darnos cuenta de cuánta gente tenemos cerca. Llevo muchos días encerrada en casa, sola por decisión propia. Me daba auténtico pánico que después de haber cruzado medio mundo y haber pasado por varios aeropuertos, me hubiera contagiado y yo contagiar a mis padres. Han pasado ya varias semanas desde que el ritmo de nuestras vidas perdió su equilibrio, pero hasta hoy, no he sido capaz de sentarme y tener el valor de plasmar por escrito toda esta locura. Supongo que porque todavía me cuesta creer que sea verdad, aún pienso que un día despertaré y todo habrá sido una pesadilla. Pero lo cruel, lo más duro de esta situación es que el número de víctimas por esta pandemia no ha dejado de crecer, igual que el número de familias rotas de dolor al no poder acompañar a sus seres queridos enfermos ni, en el peor de los casos, tampoco despedirlos como se merecen. El Covid19 está acabando con miles de personas, sobre todo mayores, que han dedicado toda su vida a trabajar para sacar adelante a los suyos y que ahora se van de este mundo en la más triste soledad, sin un beso, sin un abrazo, sin un te quiero, ¡no es justo! Estamos siendo los protagonistas de una auténtica película de terror,

de una incertidumbre que, hoy por hoy, no tiene fecha de caducidad. Ni el mejor guionista de Hollywood hubiera sido capaz de escribir algo parecido. ¿Quién se iba a imaginar? Como dicen en el anuncio de una compañía telefónica que ahora se emite cada rato en televisión.

Me considero una persona muy afortunada en casi todos los aspectos de mi vida, aunque también hay algunos en los que la fortuna me ha pasado de largo. Reconozco que soy, tal vez era, de las que se queja demasiado y, seguramente que, muchas veces, sin motivo aparente. Ahora, igual me podría arrepentir de esas quejas, de no haber disfrutado más de tanto y tan bueno, o de no haber valorado toda esa riqueza que tenía al alcance de mi mano, porque lo tenía absolutamente todo. Y es que cuando esto pase, porque pasará, cuando llegue la hora de recuperar nuestra libertad, de volver a pisar el asfalto, de ver a nuestra familia y amigos, cuando el mundo deje de estar del revés, ya nada volverá a ser lo que era. Las cosas no retomarán la normalidad que conocemos dentro de unas semanas, ni siquiera de unos meses, tal vez nunca. El mundo que teníamos, se fue parando poco a poco, hasta casi hacerlo por completo. Lo que nos espera cuando esto acabe, es algo que hoy nadie puede saber. Será distinto, no sabemos si mejor o peor, pero seguro que diferente.

Esto no va de buenos y malos, todos tenemos ahora la responsabilidad de salir de ésta cuanto antes y de la mejor manera posible. Esta crisis nos va a cambiar la vida, nos está cambiando la vida, ya nos ha cambiado la vida. Y es por todo ello que debemos aprender de la situación, porque lo realmente dramático sería no aprender nada. Éramos una generación sobreprotegida, hasta que hemos dejado de serlo, porque nunca llegamos a pensar que algo así nos pudiera pasar. En unos años seremos los protagonistas de alguna de las lecciones del libro de Historia de España que las generaciones futuras tendrán que estudiar en el colegio, y que nosotros les contaremos en primera persona lo que una vez nos sucedió. De la misma manera que nuestros abuelos nos contaban las calamidades que pasaron durante la guerra civil española.

Hace ya muchas semanas que nuestros hábitos y rutinas desaparecieron de un día para otro, dejando paso a un panorama inaudito, lo nunca visto. Quién iba a pensar que tendríamos que hacer largas colas para ir al supermercado, que se suspendería la Liga de fútbol, que no habría procesiones de Semana Santa, que las calles de nuestras ciudades estarían vacías o que las playas permanecerían desiertas y los hoteles cerrados a las puertas del verano. Es, sin duda, una situación de

excepcionalidad la que se está viviendo en España y en muchos países del mundo. Un presente, en el que hemos tenido que aprender a gestionar nuestro tiempo libre sin salir de casa, solamente para lo imprescindible. Pienso en la gente mayor y en las familias con niños confinados en un piso pequeño, sin balcón, sin poder salir a tomar el aire y sin que les dé un rayo de sol. Insisto: sigo siendo afortunada. Vivo en un piso que, aunque no es muy grande, tiene balcón y terraza y los días que hace bueno siento que no puedo pedir más. He de reconocer que me apasiona tomar el sol, me revitaliza cuerpo y mente y, a pesar de todo, me hace estar de mejor humor. Así me puedo pasar horas y horas, sumida en una sensación de agradable paz y sosiego. Además, lo combino con ejercicio físico diario, otra de mis pasiones, algo que necesito practicar todos los días y que me hace sentir bien. Me he dado cuenta que no es necesario ir al mejor gimnasio para estar en forma, se puede hacer sin salir de casa. También he pasado horas dedicada a los fogones, aunque me suelo inclinar más por las recetas saladas que por las dulces, lo de salir del confinamiento rodando era algo que me hacía gracia verlo en los memes que me mandaban, pero ninguna gracia pensar en salir así del encierro, por lo que he seguido con mi dieta mediterránea y recetas sanas. Por eso, me he

librado de tener que recorrerme los supermercados del pueblo en busca de levadura, el bien máspreciado y buscado después del furor del papel higiénico. Pero el mejor día de la semana ha sido el sábado, día establecido Skype. Encarcelados cada uno en su casa, tan lejos y tan cerca a la vez, no hemos fallado ni uno, y a medida que pasan los días, las semanas, los meses, van incrementando las ganas de tomarnos esos vinos en persona, de juntarnos y brindar juntos por la vida, ¡ya queda menos! Aún estando sola, no se me está haciendo excesivamente duro esto de estar encerrada. Siempre he disfrutado de estar en casa, de hacer cosas en el hogar, del silencio, de mis momentos de soledad, de ver series. Soy consciente que para mucha gente habrá supuesto un reto tanto personal como familiar, pero desde luego que lo que ha sido es un aprendizaje para todos. Una manera obligatoria de reinventarnos y de cambiar por completo las rutinas que teníamos hasta aquel lejano 15 de marzo. Quiero pensar que una epidemia, como cualquier crisis, también es una oportunidad, tiene que serlo. Parece mentira la lección que no está dando la vida. Lo que no ha faltado en ningún momento han sido las ganas de que todo salga bien y por eso seguimos resistiendo.

Siempre recordaremos que a las ocho de la tarde era la cita diaria que teníamos todos los ciudadanos para salir al balcón y aplaudir a nuestros sanitarios. Miles de profesionales que han trabajado sin descanso, muchas veces sin las medidas de seguridad y protección adecuadas, para salvar vidas poniendo en riesgo las suyas propias. Para mí no son héroes, son mucho más que eso. Son personas que aman profundamente lo que hacen, le ponen todas las ganas y empeño al trabajo que llevan a cabo todos los días y nunca se plantean el dejar de hacerlo, porque es su vocación, su vida. Si todos tuviéramos esa pasión por nuestra profesión y por todo lo que hacemos, seguramente viviríamos en un mundo mejor.

El tiempo pasa y ya nos encontramos sumidos en el denominado proceso de desescalada. Considero que aquí es donde de verdad está el riesgo, donde acecha la amenaza de un grave retroceso. Vivimos en un mundo en el que, por desgracia, hay mucha gente incívica, descerebrada, irresponsable, a los que posiblemente la pandemia no les ha tocado de cerca y por eso no son conscientes de la gravedad y el peligro de sus actos. La recuperación de la nueva normalidad será lenta y dura, estoy segura, y tenemos que ser muy conscientes de ello, por nosotros, por los nuestros, por los demás, por la

sociedad en general. Me resulta difícil mirar hacia adelante, no me fío. Tengo miedo de un futuro próximo muy incierto, en el que nos tocará afrontar una crisis sanitaria, otra institucional, una gran crisis económica, una no menos grave política, en general una crisis social de la que será muy complicado salir y el camino que nos tocará recorrer estará plagado de obstáculos.

Hay fenómenos que definen una época. A nosotros nos ha tocado vivir uno de esos, igual no lo hubiéramos querido, pero tampoco hemos tenido ocasión de poder elegir, así que no nos queda otra que resignarnos y aceptar. Debemos tener calma y sensatez ante la habitual e inocente frivolidad. Tenemos que estar preparados para esa nueva realidad en la que todo es incierto. Todo pasa y estoy plenamente convencida que todos juntos ganaremos la batalla.

RENGISTA